

PRÓLOGO

Como podrá comprobar el lector a poco que avance en las páginas de la *Cobra* que tiene en sus manos, la sucesión de apartados y capítulos que la conforman están todos ellos atravesados por un mismo hilo (la Santa Sede y la Guerra Civil), que no se distrae en variaciones cromáticas o de grosor (sólo a través de los representantes del Papa en el conflicto) y que es lo suficientemente recio (por las fuentes empleadas, fundamentalmente las vaticanas) como para dar esa solidez que se aprecia en el conjunto de la pieza a simple vista. Por reunir estas características que adelanto a quien converse con este trabajo durante su lectura, sea o no especialista en una materia tan específica, no habrá de temer que se descuajeringue por falta de cohesión y de firmeza (como ocurre con esos libros mal cosidos) o se caiga de las manos deshojado. Trataré de explicarles las razones por las que caracterizo así a esta investigación en el prólogo que el autor de la misma –con generosidad de su parte, que le agradezco– me pide.

Al plantearse esta investigación, que tenía por objetivo también la obtención para su autor de la más alta titulación académica universitaria de concluirse con éxito, las dudas que se plantearon a la hora de definir exactamente qué se quería abordar en la misma fueron muchas. Ya entonces se intuyó que no se pretendía una obra global, que pormenorizase sobre el papel de la Iglesia (universal y local) en la última guerra civil española –la Guerra Civil como solemos referirla– en su integridad por entender que sería un trabajo ímprobo, posiblemente con premeditación condenado al fracaso. Aparte de la propia magnitud que una obra de esa naturaleza supondría (en términos de tiempo y esfuerzo) se entendió que para alcanzar esa obra magna sería necesario ir disponiendo de estudios parciales, bien acotados, intensos, que al reunirse en un futuro podrían dar como resultado esa obra monumental, sólida y rigurosa en razón de ser firmes, sólidos, los estudios en los que se sustenta. Y así surgió la idea de acotar algún aspecto concreto, trabajarlo con profundidad y que ese fuese el legado del autor: una pieza de esa historia global que estaría por edificarse. Dicho lo anterior, en

ningún modo deba entenderse como censura a las historias sobre la temática y época realizadas hasta el momento, máxime cuando algunas son muy meritorias y trabajadas; la única observación, que no crítica, es la necesidad de mayor número de estudios previos en los que apoyarse.

El tema acotado consistió en el análisis de la implicación de la Santa Sede en el conflicto fratricida español, esto es el de los altos responsables del gobierno de una institución con un organigrama muy extenso como es la Iglesia. Aun así parecía excesivamente amplio para una investigación que debía estar concluida en unos plazos ajustados por la propia normativa universitaria de doctorado. Así se pensó y se hizo en una segunda acotación consistente en realizar el estudio sobre los representantes oficiales u oficiosos de la Iglesia en España en ese momento (sería el análisis de la labor efectuada por el nuncio o su equivalente en estas complejas circunstancias) desde poco antes del inicio de la fase bélica del conflicto (el golpe militar y su inmediato fracaso, que se traduce en guerra; la concreción era importante para nosotros), cuando las relaciones se establecían con las autoridades republicanas, hasta el momento en el que, desarticuladas las anteriores, era nombrado ante los responsables franquistas el nuevo representante oficial de la Santa Sede para España con rango de nuncio apostólico. Dicho de otro modo, la investigación se centraría cronológicamente desde la marcha del nuncio ante la República española Tedeschini en junio de 1936 hasta la llegada de su sucesor, ya ante la España de Franco, que sería Gaetano Cicognani nombrado en junio de 1938. Durante esos dos años la representación española tuvo al frente, en la forma y condiciones (oficial, oficiosa) que se explican en la obra, a Silvio Sericano, al cardenal Primado Gomá y a Ildebrando Antoniutti, presente este último en el solar peninsular en principio para efectuar una misión concreta del Papa.

Acotado al máximo el objetivo de la investigación quedaba por resolver la documentación a emplear. La idea seguía siendo la misma: cuanto más original y cercana a la toma de decisiones, mejor sería el resultado. En este sentido y habida cuenta de estar abierta a la consulta la documentación vaticana procedente de la Nunciatura, de la Secretaría de Estado y la correspondiente a los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, se procedió a su minucioso análisis merced a las estancias de investigación que el autor hizo en la Ciudad del Vaticano; de justicia es agradecer la tutela que prestó para la investigación, desde la Universidad de Módena, el profesor Alfonso Botti. En lo referido al cardenal Gomá que tuvo una acción circunstancial en todo este proceso, la publicación de su documentación y extensa biografía ahorra la tarea de una consulta directa de la misma. La estancia italiana permitió también emplearse en otros fondos documentales romanos, igualmente de interés, como fueron el Archivo de la Embajada Española ante la Santa Sede y el *Archivio Storico Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri*; y también se completó con la consulta del *Archives Historiques-Archeveche* de París (estancia realizada en este caso a la tutela de Enric Porqueres); estos

últimos archivos se entendieron siempre como complementarios y sin que su consulta nos distrajeran de los principales.

El modo de presentar los resultados una vez analizada la documentación no se dejó al azar. El trabajo no debía consistir en la mera reproducción sistematizada de los registros de las fuentes analizadas (un catálogo, dicho en palabras técnicas) o la mera transcripción de los documentos más destacados e, incluso, de todos llegados el caso, tareas más propias del archivero o documentalista. El resultado debía plasmarse siguiendo lo que es propio del historiador: una narración, sobre la base de la documentación consultada, que analizase y explicase de forma coherente y razonada cómo se desarrollaron los hechos que constituyen el objeto de análisis. No es que despreciemos lo anterior, que puede ser muy útil sin duda si está bien hecho además de ahorrar tiempo y desplazamientos. Al autor de estas líneas siempre le asalta la duda en estos casos de si se han buscado, citado o reproducido todos los documentos por lo que, siempre que le es posible, tiende a consultar personalmente las fuentes (cosa que también ha hecho el autor de la presente obra con la documentación vaticana); su ya larga tarea investigadora ha corroborado la conveniencia de obrar así y no por mera desconfianza de quien hubiese publicado los registros, sino por hacer caso al sabio dicho popular, “quien la lleva la entiende”, pues quien hace la investigación sabe apreciar mejor los matices que nos traslada un documento, incluso el cómo está materialmente realizado.

Así quedó acotado y configurado el objetivo y método de la investigación a realizar. Procurar mantener el rumbo ha sido difícil pues siempre ha existido la tentación de tender hacia otros aspectos igualmente interesantes y atractivos del momento y temática; los únicos abandonos, momentáneos, del curso marcado se han debido exclusivamente en la necesidad de explicar algún proceso en beneficio de una mayor comprensión para el lector. De todo lo anterior concluimos, con tener sentido toda la obra tal como está planteada y realizada, que aquí en absoluto encontrará el lector la acción de la Iglesia universal o española ante la Guerra Civil española, ni la situación en la que se encontró la jerarquía española, ni la actitud que adoptó ante la violencia general desatada contra ella, ni mucho menos lo ocurrido en las iglesias locales en esa confrontación radical que otros estudios suelen reflejar. En este caso el autor, con bastante acierto en mi opinión, sólo se ha centrado en las difíciles y complejas relaciones de la Santa Sede con una realidad política dual y confrontada en la que había católicos que atender: la republicana, que ostentaba la autoridad legítima, cuyo poder y representación se va a ir diluyendo conforme avanzaba el conflicto; y la de los sublevados, el gobierno de Burgos y el entorno de Franco, que marchaba en un sentido diametralmente opuesto a la anterior, con una buena y mayoritaria predisposición por parte de la jerarquía española para su reconocimiento, planteamiento que requería los “tiempos” propios de la diplomacia vaticana antes de una toma de decisión, como bien se refiere y analiza en esta obra.

De esta manera pudo el autor concluir con éxito la investigación que ahora publica, realizada durante el período que tuvo un contrato predoctoral PIF en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla. El texto es una versión reducida de su Tesis Doctoral que obtuvo mención de Doctorado Internacional. La defensa de su Tesis fue impecable, ante un tribunal que, presidido por el Dr. Leandro Álvarez Rey, de la misma Universidad, quedó conformado con los Dres. Vocales Ángel Luis López Villaverde (Universidad de Castilla-La Mancha), Maitane Ostolaza Esnal (Université Paris-Sorbonne, París IV) y José Luis González Gullón (Istituto Storico San Josemaría Escrivá, Roma) actuando de secretario el Dr. José Antonio Parejo Fernández, también de la Universidad de Sevilla, que le otorgó la máxima puntuación y la mención indicada. A todos ellos sirvan estas líneas para dejar constancia por escrito del agradecimiento verbal y público que ya hice el pasado 2 de febrero.

De la lectura pausada de la obra se desprende que la representación diplomática de la Santa Sede en España durante la Guerra Civil estuvo en función de las circunstancias, casi simultáneamente, en manos de distintos agentes. La marcha de Tedeschini en junio de 1936 dejó a Silvio Sericano, buen conocedor de la legalidad republicana española, como Encargado de Negocios ante el gobierno legítimo; pero desde noviembre de ese mismo año, cuando su gestión sólo podía alcanzar en el mejor de los casos a la zona controlada por estas autoridades, –y a veces ni eso– ni siquiera residía en Madrid ya que con el traslado de éstas a Valencia él lo hizo a Roma donde se ocupaba en la Secretaría de Estado de los asuntos de España; de facto quedaron suspendidas las relaciones entre ambos Estados toda vez que la Iglesia quedó completamente desprotegida por el ataque de las milicias. Al mismo tiempo, en la zona sublevada bajo el control de Franco se erigió como representante diplomático oficioso Isidro Gomá en razón de su condición de cardenal Primado, por ser el de Toledo, entre la jerarquía española; su labor sería limitada en el tiempo y en los resultados, pretendiendo en todo momento que la Santa Sede reconociese para este bando la representación española, de la auténtica España, con el intento de evitar que terminase identificándose políticamente con los planteamientos de Hitler y Mussolini al carecer de ese respaldo de la Iglesia que le condicionaría en esa estrategia. En la obra el autor insiste en que el cardenal se desveló en realidad más como un propagandista de la causa de los sublevados ante el Papa con el objetivo lograr la relevancia tradicional para la Iglesia en la nueva política que como un representante de los intereses de la Santa Sede ante Franco. Y por último, la tercera representación provisional vino de la gestión que, por mandato el Papa, realizó en España el Delegado Apostólico en Albania entre los veranos de 1937-1938. Oficialmente Ildebrando Antoniutti tenía el encargo concreto de colaborar en la repatriación de los niños vascos una vez “liberado” este territorio; pero en realidad su venida fue previa solicitud de la Italia fascista que quería evitar a todo trance reproducir en el Norte la saña represiva

que los sublevados habían mostrado en la toma de Málaga. Nombrado Encargado de Negocios en octubre de 1937 su labor a partir de entonces consistiría en neutralizar la influencia nazi en las nuevas autoridades, aspecto que preocupaba mucho a la Santa Sede; su éxito derivó en el establecimiento de relaciones y la llegada –ahora sí– del nuevo nuncio. Si estos son los hechos que constituyen el eje dorsal de la obra y la estructura internamente, en su desarrollo se van intercalando las gestiones que además fueron afrontando en estos convulsos momentos de la historia del país y de la Iglesia (violencia anticlerical y religiosa; atención religiosa a los católicos en las dos zonas de conflicto; nombramientos de obispos; propaganda totalitaria; el nacionalismo vasco y otros).

En un plano más general me gustaría destacar dos aspectos, que haré brevemente puesto que ya lo he indicado en ocasiones anteriores y no es cuestión de reiterarme si alguna vez se me lee de conjunto. En el debate historiográfico que a veces se suscita sobre las investigaciones hechas desde las universidades de la periferia, a las que se les acusa de anteponer la historia local/regional a la nacional o internacional (mejor al valoradas al tiempo que en no pocas ocasiones se desprecian aquellas) con esta obra queda demostrado que tenemos un compromiso con nuestra ciencia más allá de los condicionamientos geográficos, que a veces lo son, para efectuar una investigación; como hemos dicho alguna vez, con independencia del sujeto territorial del análisis, la cuestión fundamental es si está bien o mal realizado el trabajo. Un segundo aspecto, también tratado en ocasiones anteriores, es la normalidad que supone realizar una investigación sobre temática relacionada con la Iglesia –también en este caso sobre la realidad política de nuestro país– en el ámbito de las universidades públicas cuando, hasta hace poco tiempo, era cuestión que sólo era abordada desde terrenos eclesiásticos propios o asimilados (la mera injerencia en una temática considerada como propia inducía a sospechar sobre las intenciones últimas de los que nos adentrábamos en ella); pero también –seamos sinceros– el rechazo que suscitaban estos estudios desde el ámbito público y eso que afectaba a buena parte de la sociedad española contemporánea, sí no a toda, por trabarse entre posiciones antagónicas una discusión dialéctica. En no pocas ocasiones hemos insistido en el error de grueso calado que eso supone al despreciar un aspecto que ha condicionado nuestra historia a lo largo de decenios; mal haría el historiador si no tuviese en cuenta este aspecto pues, más allá de que guste o no, nos identifiquemos con ella o con la posición contraria, es la realidad como existe al margen de nosotros mismos la que es objeto de análisis por parte de nuestra ciencia. El momento histórico que se analiza en esta obra, además de la temática a la que se refiere, es muy propicio para desatar las filias y las fobias personales; el prejuicio está implantado desde la propia génesis de los acontecimientos por la radicalidad del momento y, precisamente por eso, en el análisis que se haga es importante actuar con rigor y mantenernos al margen de planteamientos personales ideológicos e incluso creenciales mal

entendidos. Afortunadamente, insistimos, son cada día más abundantes las investigaciones, como la presente, hechas en el ámbito de las universidades públicas con estas características.

Esta obra se inserta dentro de las investigaciones que desde hace bastantes años llevamos desarrollando dentro del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Primero fue en solitario para, más adelante, incorporarnos con éxito al grupo que desde la Universidad de Alcalá de Henares coordinaba el Dr. Feliciano Montero García, tristemente fallecido hace breves días. El núcleo esencial del equipo lo hemos venido componiendo investigadores de distintas universidades españolas y europeas quienes, desde hace más de una década y bajo proyectos con distinta denominación, hemos venido analizando la influencia que desde finales del siglo XIX tienen en el catolicismo español los procesos de secularización y laicismo que caracterizan a las sociedades contemporáneas del mundo occidental. Cuando el autor comenzó a realizar su tesis doctoral teníamos en marcha el Proyecto de Investigación “La Restauración Social Católica en el Primer Franquismo, 1936-1953”, dirigido por Feliciano desde Alcalá, incorporándose el autor –aunque estábamos ya en los últimos momentos– al Subproyecto que coordinaba desde la Universidad de Sevilla (HAR2011-29383-C02-02). También se sumó al Grupo de Investigación que dirijo “La política y la vida política en Andalucía” (HUM 260) pues en parte la investigación afectaba a la clase política andaluza del momento. Su incorporación al equipo de Alcalá de Henares tuvo un feliz resultado para todos. De un lado, le permitió contactar con numerosos investigadores de distintas universidades españolas y comunitarias que trabajan sobre la misma temática y época, que se prestaron a facilitarle los adecuados contactos en España y fuera de ella para que pudiese concluir sus investigaciones, como más arriba se ha indicado; también el Subproyecto se benefició por cuanto desde ese momento participó de una manera activa, como uno más, en las reuniones que veníamos celebrando periódicamente.

Sobre el autor de esta obra, el Dr. Santiago Navarro de la Fuente, cuya formación y parte de su vida está ya irremisiblemente vinculada al Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla, podría extenderme ampliamente. Me limitaré a lo esencial. Estudiante aventajado durante la Licenciatura de Historia en la Universidad de Sevilla, fue si no recuerdo mal en el curso 2008/09 cuando le impartí clase por primera y única vez; desde un primer momento, posiblemente por los comentarios que sobre las investigaciones llevadas a cabo debí hacer en clase para animar a los alumnos, sintió interés por la temática y, de hecho, asistió al curso que se desarrolló el verano posterior en Alcalá de Henares; precisaré que había finalizado su segundo curso de Licenciatura. Desde entonces fue estableciéndose una relación académica que fue estrechándose al tiempo que se incrementaba su interés, como me quedó constatado en los correos electrónicos cruzados y las conversaciones ocasionales

en los pasillos de la Facultad. Concluida su Licenciatura maduró la realización del Doctorado en Historia Contemporánea bajo mi dirección, a la que gustosamente accedí; no podía por menos que aceptar a quien tanto interés había mostrado desde temprana fecha en una línea de investigación en la que no abundan precisamente los que se motiven. En cuanto a la temática a desarrollar, tras unos tanteos iniciales fue clarificándose hasta que sólo restaron las acotaciones a la investigación más arriba indicadas.

Añadiré que para el desarrollo de la temática arrastraba predisposición, demostrada en su asistencia a las reuniones de Alcalá de Henares y su participación en las que organizábamos en nuestra propia Universidad y, como complemento, perseverancia –que mantiene– hasta lo inimaginable cuando entre ceja y ceja se le introduce un planteamiento u objetivo de cualquier índole y naturaleza. Esta actitud última se confunde con otra motivación personal, más íntima y elevada podríamos decir, que le ha acompañado en su propia historia: la confianza absoluta nacida desde lo más profundo de su ser en que podía alcanzar la meta, como efectivamente ha ocurrido, pues de ahí ha extraído el aliento y las fuerzas necesarias. Sin duda ha sido el mejor compañero de viaje al ser el antídoto que ha procurado remanso cuando ha arreciado la incertidumbre que irrumpe ocasionalmente en todo trabajo prolongado y complejo, como es el que ha realizado, no exento de enormes sacrificios también en lo personal como bien sabemos por propia experiencia. A la predisposición y perseverancia se ha unido en su caso un buen conocimiento de la Iglesia, a lo que contribuye sin duda su compromiso personal con ella, algo que, no siendo estrictamente necesario para conocer la institución, no estorba y antes al contrario ayuda a la hora de explicar determinados comportamientos.

Años complejos, de intenso trabajo, de primeras publicaciones, de incertidumbres, de cambio de los objetivos iniciales que, con la concesión de un Contrato de Personal Investigador en Formación del Plan Propio de la Universidad, disfrutado entre 2014 y 2018, le pusieron en un camino más que certero para la obtención con éxito del Grado de Doctor. El feliz resultado, mérito que es únicamente suyo, no hubiera sido posible sin esa buena predisposición apuntada y la constancia que le ha animado para realizar una investigación seria y honesta, sin estridencias ni sectarismos. Un buen resultado al que no han sido ajenos los principios vitales que sustentan su vida como hemos indicado bien de manera expresa o tan sólo insinuados, y que son la base para un futuro esperemos prometedor en este mismo ámbito y tareas.

Más allá de estas valoraciones, siendo el autor que suscribe estas líneas –como bien saben los que le tratan desde tiempo atrás– poco proclive y menos públicamente a manifestar afectos personales, que siempre los hay aunque permanezcan en la oscuridad, sólo me resta agradecerle a Santiago por haberse prodigado durante todo este tiempo de trabajo en común en compartir, también, con una extraordinaria generosidad por su parte, aspectos y cuestiones

que desbordan lo académico y son los propios entre un alumno y su profesor; me refiero a esos aspectos vivenciales, humanos y divinos, en un plano de amistad o de fraternidad si se me apura, que ha llegado incluso a embarcarme en algunas empresas comunes de por vida. El mérito es suyo también porque eso ha sido a pesar de que, en no pocas ocasiones –no siempre– contrastaba su entrega entusiasta de un material elaborado con la desagradable respuesta recibida de mi parte: siempre se podía hacer más y mejor, no me cabía la menor duda, contestación que sin duda le debía desconcertar. No ha sido cuestión de mal carácter, sino la traslación de la constante exigencia personal sobre la que edifico buena parte de mi vida; espero que, a estas alturas, sepa perdonarme. Por último, como no podía ser menos, que también quede constancia escrita de mi enhorabuena.

José-Leonardo RUIZ SÁNCHEZ
Universidad de Sevilla

INTRODUCCIÓN

El papel de la Iglesia en la Guerra Civil española fue uno de los principales elementos que caracterizaron el conflicto. Su estudio ha sido constante objeto de interés y ha venido enriqueciéndose progresivamente a lo largo de las décadas que nos separan de aquel drama. La investigación sobre los distintos aspectos a considerar para su análisis y la gradual disponibilidad para la consulta de los archivos han ido ampliando nuestro conocimiento. De alguna forma, cada generación de españoles ha querido aportar parte de sus esfuerzos investigadores a la comprensión de aquel intenso periodo.

La riqueza de la documentación disponible y las diversas sensibilidades que caracterizaron la acción de los católicos han hecho recomendable distinguir entre diversos planos a la hora de trabajar sobre su actuación durante el conflicto. La amplia bibliografía existente sobre la cuestión avala la necesidad de acotar, dentro del amplio concepto de Iglesia, el objeto de análisis sobre el que centrar la atención. En nuestro caso, tratamos sobre el papel de la Santa Sede en la guerra a través de su representación diplomática provisional entre 1936 y 1938.

A partir de la documentación del Archivo Secreto Vaticano para estos años alumbramos la posibilidad de este trabajo. A pesar de tratarse de una documentación analizada por grandes autores, consideramos oportuno plantear un tratamiento de la misma que posibilitase entenderla como un único conjunto en lo que a la Guerra Civil se refería. La representación diplomática provisional de la Santa Sede en España apareció entonces como un objeto de estudio con bastantes posibilidades. De un lado, permitía el análisis de la acción más inmediata de la Santa Sede en la Guerra Civil española, considerando las diferencias de matices en su actuación respecto de otros niveles eclesiásticos. Además, hacía posible el seguimiento lineal de esta acción, que se refería a las dos zonas en las que la guerra dividió a España. Al abordarlo, podía analizarse con claridad cómo se fue extinguiendo la representación del Papa ante el Gobierno republicano y cómo fue preparándose el reconocimiento de

las autoridades del bando liderado por el general Franco. Su seguimiento, sin embargo, exigió la consulta de otras fuentes documentales que conservaban fondos relacionados con nuestro objeto de estudio. Los archivos de la Embajada Española ante la Santa Sede, del Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia o de la archidiócesis de París, entre otras fuentes, fueron también consultados para completar el trabajo.

Durante la mayor parte del conflicto, hasta junio de 1938, la representación de la Santa Sede en España estuvo ostentada por personalidades que no estaba previsto con anterioridad que hubieran de cumplir con tal encargo. En el mes de junio de 1936, al haberse marchado el hasta entonces nuncio Tedeschini, quedó como Encargado de Negocios en la Nunciatura de Madrid Silvio Sericano. Recién llegado de la Nunciatura en Austria, sustituyó al anterior auditor Tito Crespi, que se había suicidado en el mes de abril. En principio, su responsabilidad sobre la representación del Papa ante la España republicana habría de durar tan sólo hasta la llegada del nuevo nuncio, Filippo Cortesi. Sin embargo, el comienzo de la guerra justificó que el nuevo representante no se posesionase nunca de su nuevo destino y en diciembre de 1936 fuese designado nuncio en Polonia. Aunque Sericano se mantuvo siendo formalmente Encargado de Negocios ante el Gobierno republicano, abandonó el país y salió hacia Roma el 4 de noviembre de 1936. Poco tiempo después, en vísperas de la primera navidad de la guerra, el cardenal arzobispo de Toledo fue nombrado representante confidencial y provisional ante el Gobierno que el general Franco había conformado para la parte del país que estaba bajo su control. Fue el principal nexo de unión del bando autoproclamado nacional con la Santa Sede hasta que llegó a España, a finales de julio de 1937, el Delegado Apostólico en Albania monseñor Ildebrando Antoniutti. Enviado inicialmente por el Papa al país que combatía en el frente del norte, tuvo la misión formal de colaborar en nombre del pontífice con la repatriación de los niños vascos enviados al extranjero en los meses previos a la caída de Bilbao. Desde el 7 de octubre de 1937 Antoniutti se convirtió en Encargado de Negocios de la Santa Sede ante el Gobierno de los militares hasta que en junio de 1938 fue sustituido por Gaetano Cicognani, enviado a la España de Franco con rango de nuncio apostólico.

El carácter provisional establece un rasgo de homogeneidad entre las tres representaciones que permite, además, construir un hilo discursivo sobre la actuación de la Santa Sede respecto de la Guerra Civil española que abarca gran parte del conflicto bélico. Además, la condición de provisionalidad incide en la necesidad que la sede apostólica tuvo de adoptar las soluciones que en cada momento fueron resultando más adecuadas a la situación y a los objetivos del más alto gobierno de la Iglesia. Todo ello hace que entendamos nuestra investigación como una aportación oportuna que, a fuerza de delimitar el objeto de estudio, pretende el aprovechamiento de la abundante documentación archivística disponible sobre la cuestión.

La riqueza de la documentación conservada sobre la representación del Papa Pío XI en la guerra de España nos ha decidido a detallar hasta donde fuera posible el contenido de las fuentes. El trabajo ha sido finalmente articulado en torno a tres grandes periodos que se relacionan con cada una de las misiones diplomáticas estudiadas. No obstante, los límites han sido lo suficientemente flexibles como para integrar en alguna ocasión el contenido que, aun excediendo los límites cronológicos que los distinguen, resulta más oportuno incluir en cada uno de los bloques.

El trabajo de investigación ha permitido, en su amplitud, distintos tratamientos dependiendo del tipo de información obtenida de los archivos. En general, la documentación está constituida fundamentalmente por informes cuyo contenido se ha tratado de organizar en función de las materias a que se referían y al momento en que se efectuaron, favoreciendo así un seguimiento ordenado de cada una de las cuestiones a través de las diferentes etapas. En otros casos, la documentación ha requerido o posibilitado una elaboración previa que hiciese de su contenido una información historiográficamente más útil. Es el caso de los informes elaborados por Sericano sobre los ataques a la Iglesia y sobre la falta de libertad religiosa durante el último mes antes del golpe militar. Construidos a partir de la información remitida por las diócesis, para poder sistematizar mejor la multiplicidad de datos puntuales que contenían los referidos a los ataques juzgamos conveniente establecer diferentes categorías a las que acoger los sucesos registrados en cada una de las diócesis. Ello posibilitó el estudio porcentual de los datos y la comparativa entre diferentes categorías y regiones que se recogen en el capítulo correspondiente. También han sido analizadas las cuentas de la gestión de monseñor Ildebrando Antoniutti. Su estudio, efectuado a partir del cruce de la información recogida en su balance económico con los recibos, facturas y correspondencia conservados ha permitido completar esta dimensión de su misión. Entendemos que enriquece en mucho el trabajo la cuantificación de los socorros efectuados por la Santa Sede, su destino y su procedencia. Todo ello, sin embargo, ha sido merced a las posibilidades de la fuente, que en lo referido a las otras dos misiones no ha sido posible.

* * *

Debo agradecerle la preparación de esta obra, en primer lugar, a mi esposa. Más allá de todos los esfuerzos que Jéssica ha realizado durante este tiempo para apoyarme y de todo el ánimo que me ha inspirado, ella es la razón principal por la que el trabajo y las recompensas cobran sentido. A ella y a nuestros pequeños Joaquín y María les debo la motivación primera para tratar de ofrecerles lo mejor de mí.

También les debo una gratitud que nunca será suficiente a mis padres, que me apoyaron en el inicio de estas investigaciones. A la memoria de mi padre

está inseparablemente unido este libro. Mi madre, afortunadamente, ha continuado ayudándome hasta el punto de ser una de sus primeras lectoras.

La investigación ha supuesto también grandes alegrías. Entre ellas quiero destacar la de compartir trabajo con el profesor José-Leonardo Ruiz Sánchez. Confío poder devolver con amistad la magnanimidad que ha derrochado conmigo con tanta largueza. Junto a él, quiero agradecer también las facilidades otorgadas por nuestra Universidad de Sevilla para la elaboración de este trabajo y su posterior publicación. Una gratitud que extendiendo a los profesores Botti, Degli Esposti y Porqueres i Gené por la disponibilidad que manifestaron para acogerme en sus centros de estudio para el desarrollo de esta investigación.

Finalmente, el resultado de este libro también debe mucho a los valiosos consejos de los profesores José Antonio Parejo, José Luis González Gullón, Maitane Ostolaza, Ángel Luis López y Leandro Álvarez Rey. Todos ellos aportaron sugerentes ideas sobre su primera versión y me animaron para su pronta publicación. En algún caso, el celo profesional les llevó incluso a facilitarme una copia del manuscrito con todas las anotaciones realizadas durante su lectura y las principales sugerencias. Fue para mí no sólo una valiosa herramienta, sino un ejemplo de laboriosidad.